

APROXIMACIÓN A LA ENFERMEDAD Y MUERTE DE LOS VADINIENSES EN LA HISPANIA ROMANA (SIGLOS I-IV)

APPROACH TO ILLNESS AND DEATH OF VADINIENSES IN ROMAN HISPANIA (I-IV CENTURIES)

Bonifacio Alvarez-Lario*, Laura Álvarez-Roy**

SUMMARY

The Vadinienses were a Cantabrian people who lived between the first and fourth centuries in the north of the Iberian Peninsula, northeast of the present province of León and the corresponding part of the current territory of Asturias. In this paper we study the possible causes of illness and death of the Vadinienses represented in their gravestones. The analysis of Vadinienses epitaphs shows that two-thirds of the deaths occurred in people between the ages of 20-30, a finding that is not interpreted as representative of the usual age of death at that time. The most likely causes of death are infections and violent deaths in sports competitions or work accidents. Analyzing females independently, almost half of the deceased were under the age of 20, being the main possibilities the deaths related to pregnancy and childbirth at very early ages.

Key words: *Vadinienses; roman epigraphy; infections; horse races; childbirth.*

* Sección de Reumatología. Hospital Universitario de Burgos, Burgos, Spain.

** Servicio de Cardiología. Complejo Asistencial Universitario de León, León, Spain.

Correspondence address: Bonifacio Álvarez-Lario, Sección de Reumatología, Hospital Universitario de Burgos, Avd. Islas Baleares, 3, 09006 Burgos, Spain.

E-mail: balario@hubu.es.

INTRODUCCIÓN

Los cántabros vadinienses fueron un pueblo que vivió en el norte de la península ibérica, en la zona correspondiente en la actualidad con la montaña oriental leonesa, así como la zona de Ponga y Cangas de Onís, en Asturias, en los primeros siglos de nuestra era, entre los siglos I y IV d. C. Tras la guerra y victoria de Roma contra cántabros y astures se estableció por César Augusto la *pax romana* y esta zona del norte de Hispania pasó a formar parte del Imperio romano, sufriendo sus habitantes un proceso de romanización progresivo, que les llevó a adoptar su lengua, cultura, dioses... Por Floro y Dión Casio sabemos que Augusto mandó a cántabros y astures dejar sus montes y bajar a habitar y vivir en el llano, así como la explotación del suelo y el trabajo de la tierra para el provecho de otros (Floro II, 33, 60; Dión Casio LIV, II, 5). La creación de Vadinia y los vadinienses como entidad política, administrativa y social se llevaría a cabo una vez finalizadas las guerras de conquista del norte de Hispania cuando el Estado romano procedió a ordenar los territorios recién conquistados, valiéndose en gran medida del ejército para las tareas administrativas. Este grupo de población, que habitaba en el límite entre cántabros y astures, pasó a formar parte del Imperio romano en calidad de súbdito, con la categoría de *civitas* estipendiaria y con el nombre de Vadinia, que pasaría a ser su señal de identidad [1]. Lo más probable es que los vadinienses fueran personas libres, que no disfrutarían de la ciudadanía romana (*peregrini* en la terminología romana), hasta el año 212 en que Caracalla concedió la igualdad de derechos a todos los hombres libres del Imperio [2].

Son más las incógnitas que lo conocido del pueblo vadiniense. Su conocimiento nos viene de la mención de Ptolomeo a Vadinia (II,6,50), como una de las ocho *civitates* del territorio cántabro y fundamentalmente a partir de lo que aparece escrito en sus lápidas funerarias. Estas inscripciones tienen unas características muy particulares, y comunes entre ellas, en cuanto a forma, decoración, onomástica y distribución geográfica. A través de estas lápidas conocemos sus nombres, su progresiva romanización, sus creencias religiosas, aspectos de su organización social, etc [3]. En este trabajo intentamos aclarar algunos aspectos relativos a sus enfermedades y las posibles causas de muerte de los vadinienses representados en las lápidas, a partir de los datos conocidos sobre algunas costumbres sanitarias de los pueblos del norte de Hispania, de las informaciones sobre la sanidad en el Imperio romano y especialmente de la información proporcionada por el conjunto epigráfico funerario vadiniense.

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA MEDICINA VADINIENSE

Se supone que la medicina de los cántabros vadinienses antes de los romanos estaría dominada por los aspectos sobrenaturales, mágicos y religiosos, usándose como remedios diversas plantas, aguas medicinales y algunas prácticas para la curación de heridas y traumatismos [4]. Plinio el Viejo escribió que los cántabros usaban una hierba medicinal, denominada *herba cantabrica*; y por este mismo escritor romano sabemos que al igual que el resto de los habitantes peninsulares, tomaban en caso de enfermedad la llamada «bebida de las cien hierbas», preparada, entre otras sustancias, con hidromiel, verbena, muérdago y pulsatilla, que además de ser una buena bebida, también servía para la elaboración de muchos remedios. Además de con fines terapéuticos, conocían también las propiedades tóxicas de algunas plantas que utilizaban como venenos [5]. Por los textos de Estrabón sabemos que era costumbre en los pueblos del norte de Hispania que a los enfermos los sacasen de sus chozas y los expusiesen al público, sobre todo en los caminos, a fin de tomar consejo de los que pasasen por allí y hubiesen sanado de una enfermedad semejante (Estrabón, *Geografía* III,3,7). Esta referencia parece indicar a algunos estudiosos que los enfermos eran rechazados por la comunidad y abandonados a su propia suerte, aunque también pudiera ser debido a una medida preventiva para evitar la extensión de enfermedades contagiosas.

Tras la conquista por Roma, los vadinienses pasaron a formar parte del Imperio romano, sufriendo una romanización progresiva. Los avances del mundo romano en el saneamiento sanitario de las ciudades fueron notables, con la construcción de alcantarillados, acueductos para el suministro de agua...[6, 7] Además, crearon los hospitales, fundamentalmente en el ámbito militar, y organizaron la práctica y enseñanza de la medicina [7, 8]. No sabemos si alguno de estos avances en la salud pública, fundamentalmente urbana, tuvo influencia en la zona rural montañosa que separa León de Asturias y Cantabria. Es posible que sí y que los cántabros vadinienses fuesen encontrando acomodo entre sus costumbres a las nuevas ideas sanitarias imperantes. El Imperio romano era en esencia una red de ciudades y provincias, altamente interconectadas, tanto por tierra como por mar, por donde podía llegar, y llegaba, todo lo bueno y lo malo [9]. Por el territorio vadiniense pasaban varias calzadas romanas secundarias, que conectaban la meseta con Asturias y Cantabria, la calzada del Esla, probablemente la principal vía de comunicación vadiniense [3], la calzada del Cea y la calzada del Porma, que pasaban a la zona transmontana por los actuales puertos de San Glorio, Pontón, Ventaniella, Tarna y San Isidro [2]. Por estas calzadas circulaban

todo tipo de personas y mercancías y en su construcción debieron participar ingenieros romanos, con nuevas ideas en cuanto a la construcción, el aprovechamiento del agua y la higiene. Por otra parte, esta era una zona ocupada militarmente, y los militares transmitirían sus conocimientos y lo que habían visto en otros lugares, lo mismo que aquellos lugareños que tras alistarse en el ejército romano volvieran licenciados a sus lugares de origen. Cercana estaba Astorga (*Asturica Augusta*), una ciudad romana en sentido estricto, con sus alcantarillados, baños públicos y termas. Más cerca estaba Lancia, y en la actual ciudad de León, estaba el campamento de la *Legio VII Gemina* y todos los servicios auxiliares que esto conllevaba, incluidos los servicios sanitarios. Además, se sabe de la existencia de médicos en la Hispania más romanizada, al menos desde el siglo I, que llevaban a cabo su trabajo en diversos ámbitos y especialidades, y que se desplazaban para ejercer su profesión de ciudad en ciudad [10]. Estos médicos eran fundamentalmente libertos, y en menor proporción *ingenui* y esclavos [11]. Aunque no se han encontrado datos epigráficos de la existencia de médicos en el noroeste peninsular en esta época, es muy probable que hubiese médicos en Astorga y León.

Menos claro está si estos cambios proporcionaron mejoras en la salud de los vadinienses. Por los estudios en otras poblaciones sabemos que la salud de la población al final de la Edad del Hierro no era mala y que pudo empeorar tras la conquista romana, atribuyendo estos cambios negativos a las modificaciones de la dieta, al cambio cultural y al aumento en la heterogeneidad de la población, con exposición a personas, productos y gérmenes venidos de otras regiones, con los que antes no se había tenido contacto. Estos mismos efectos perniciosos sobre la salud se han visto en otras sociedades que han pasado de una agricultura de recolección a una agricultura sedentaria y en aquellas que pasan del campo a la urbanización o industrialización [12].

Si algo quedó en estas tierras de las mejoras del saneamiento público de los romanos, se perdió pronto tras la caída del Imperio. Hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX, callejas y cuadras hacían las veces de letrinas en los pueblos de la montaña de León y Asturias, y el agua corriente y los baños en las casas aparecieron en dichos pueblos hace escasamente 50 años.

EDAD DE FALLECIMIENTO DE LOS VADINIENSES

Se ha revisado un conjunto de 76 epitafios, formado por todas las lápidas funerarias consideradas habitualmente como vadinienses [13, 14], teniendo como límite por el sur la lápida de Vega de Monasterio, por el oeste la de Barrillos de Curueño, ambas en León, por el este la de Velilla del Río Carrión en Palencia y al norte la de Zardón en Asturias. Del conjunto de 76 lápidas, en 60 se puede identificar la edad del fallecido. Con frecuencia la edad aparece como un número redondo (20, 25, 30...), en otras ocasiones se indica “más o menos (*plus, minus*) de tantos años”, por lo que en ocasiones no hay un dato exacto de los años del fallecido. En la Tabla 1 aparece la distribución de los fallecidos por edades, en general y separados por sexos.

Tabla 1: Número de fallecidos según la edad recogida en los epitafios. Fuente: Elaboración personal a partir de los conjuntos de epitafios vadinienses recogidos en referencias 13-14, incluyendo las lápidas de Barrillos de Curueño y Velilla del río Carrión.

Edad	General	Varones	Mujeres
Menos de 20 años	5	1	4
20-30 años	39	37	2
31-40 años	7	7	-
41-50 años	3	3	-
51-60 años	3	2	1
Más de 61 años	3	2	1
Total	60	52	8

La lápida del fallecido de menor edad es la colocada en recuerdo de Superia (HEpOL 14497) [15], de 9 años, encontrada en Beleño (Ponga), le sigue Doidero (HepOL 24659) de 11 años, cuya lápida se encontró en Horcadas. El fallecido de mayor edad es una mujer asturiana, Voconia (HEpOL 8540) de 88 años, cuya lápida se encontró en Corao (Cangas de Onís); aunque no le va a la zaga Cestio Bodo (HEpOL 19279), de Liegos, que murió con 85 años. La edad de fallecimiento más habitual de los vadinienses con lápida es entre los 20 y 30 años, edad en la que murieron casi dos tercios del conjunto total y el 71,1% de los varones. En este sentido hay cierta diferencia de sexos, pues aunque el cómputo general es semejante, con el 75% de las mujeres fallecidas antes de los 30 años, 4 de las 8 mujeres fallecidas lo hicieron antes de los 20 años, frente a sólo 1 de los 52 varones.

Se podría pensar que 20-30 años era la edad habitual de muerte en la época. La esperanza de vida al nacer en el Imperio romano al inicio de la era cristiana rondaba los 21 años [16]. Esta baja esperanza de vida al nacer se debía, como ocurre en la actualidad en algunos países africanos, a la elevada tasa de mortalidad infantil, que en aquellos tiempos era del 30% (moría uno de cada tres niños antes de alcanzar el año de edad) y que es en la actualidad inferior al 1% en los países prósperos (0,3% en España) [17]. Sin embargo, si se pasaban los difíciles primeros años de vida y se llegaba a los 10 años, la esperanza de vida aumentaba fácilmente hasta los 45, y si se llegaba a los 20 años había muchas posibilidades de llegar a los 50 [18]. Por otra parte, estas tasas no variaron de modo significativo en Europa hasta la época moderna. Un escaso número de lápidas funerarias no son un buen método de conocer la edad más frecuente de muerte, al no ser los epitafios representativos de la población general, como se demuestra por la escasa representación de niños y mujeres [19]. Se piensa que la expectativa de vida en la Hispania romana de la época rondaba los 40 años [10]. Edades de fallecimiento superiores a las de las lápidas vadinienses se encuentran en otro conjunto epigráfico correspondiente a una población rural equiparable, de origen cántabro, en el norte de Palencia, donde la mayor mortandad para los varones tiene dos picos, uno en los 30-40 años y otro en los 80, y para las mujeres entre los 20-40 años [20]. Desde el punto de vista médico, no se puede considerar como lo normal para la época que dos tercios de la población general, y más del 70% de los varones, muriese entre los 20 y 30 años.

CAUSAS DE FALLECIMIENTO DE LOS VADINIENSES

En los tiempos que nos ocupan, el territorio vadiniense estaba bajo el paraguas del Imperio romano y la *pax romana*. No había guerras en esta zona, luego no cabe atribuir la mortalidad en edad joven a motivos bélicos. Tampoco son esperables, en una población tan joven, las causas de muerte habituales en el mundo occidental en la actualidad, como las enfermedades cardiovasculares y el cáncer, aunque pudieron ser la causa de muerte en alguno de los mayores de 40 años (9 de los 60). La arteriosclerosis era frecuente en la Antigüedad, relacionándose su presencia con factores genéticos, con la edad (aunque se ha demostrado también en menores de 40 años) y con la presencia de cuadros inflamatorios/infecciosos crónicos [21]; todo ello, al margen de los factores de riesgo habituales en la actualidad (colesterol, hipertensión, diabetes o tabaco). Por otra parte, en la Antigüedad fueron frecuentes dos enfermedades asociadas a tóxicos relacionados con la alimentación.

Entre las clases más pudientes romanas fue frecuente la intoxicación crónica por plomo, debido a que de este material eran sus vajillas y canalizaciones, así como al consumo de vino, en cuya elaboración utilizaban recipientes de plomo [22]. Por otra parte, también era común en la época el ergotismo, debido al consumo de pan de centeno contaminado con el cornezuelo de centeno (*Claviceps purpurea*) [23]. Este cuadro era más frecuente en los países de norte de Europa y poco habitual en los países del mediterráneo, que usaban trigo en la elaboración del pan, por lo que no parece probable que estas fuesen causas importantes de muerte entre los vadinienses.

Antes de la era moderna las causas fundamentales de muerte han sido las infecciones, los traumatismos y las hambrunas [24]. No hay evidencias que sugieran la existencia de hambrunas en el zona y espacio de tiempo que nos ocupa, y en cualquier caso la vida rural ofrece mejores expectativas de supervivencia ante esta situación que la vida urbana. Tres pudieron ser, en nuestra opinión, las causas fundamentales de muerte a edad tan joven. Las infecciones serían una causa común de muerte en ambos sexos y, además, los varones podrían morir por causas traumáticas o violentas, y las mujeres por patologías relacionadas con los embarazos y partos.

INFECCIONES

Como ya se ha comentado, la mortalidad perinatal e infantil era muy elevada, siendo esperable, además, que las enfermedades exantemáticas propias de la infancia, tipo sarampión, rubeola o varicela se llevaran por delante a algún que otro niño. Los que superaban estos difíciles primeros años, seguían expuestos a otros muchos agentes infecciosos, debilitados además, como probablemente estaban, por la malnutrición, raquitismo y escorbuto [25]. Diversas infecciones, hoy desaparecidas, o de presencia casi testimonial gracias a las campañas generales de vacunación, eran frecuentes en la época. La viruela era endémica y con frecuencia mortal. Otro tanto se puede decir de otras enfermedades infecciosas, aunque no erradicadas en la actualidad, como la difteria, el tétanos, la poliomielitis, la tosferina, la escarlatina o quizás la gripe. En la época, como en la actualidad, existían infecciones como la tuberculosis [26], la brucelosis [27], la lepra o el tifus, todas ellas potencialmente mortales. La malaria era también endémica en la época romana. Otras enfermedades parasitarias como la triquinosis o la hidatidosis también pudieran estar presentes. Eran omnipresentes los parásitos intestinales, tipo lombrices y tenias. Igualmente existen desde la Antigüedad las enfermedades venéreas. Otras enfermedades infecciosas como neumonías, disenterías

y diarreas diversas (incluyendo cólera y fiebres tifoideas), infecciones de heridas y abscesos que, en la actualidad, tienen habitualmente un desenlace favorable, tenían entonces una elevada mortalidad [28, 29].

Por si todo esto fuera poco, se sabe de la existencia desde la Antigüedad y en concreto en los primeros siglos de nuestra era de varias pandemias o plagas, que acababan con una gran parte de la población e influían de modo notable en toda la sociedad. El pánico ante la elevada mortandad era generalizado y originaba el desplazamiento de grandes poblaciones desde las zonas afectadas a zonas libres de la plaga, lo que causaba la extensión de la enfermedad si era contagiosa y, en cualquier caso, originaba otros muchos problemas sanitarios y sociales asociados al desplazamiento masivo. Se abandonaban campos y cultivos, con lo que la hambruna estaba asegurada. Eran habituales los aspectos religiosos considerando a la plaga como un castigo divino, así como culpabilizar de los males a algún colectivo, como chivos expiatorios, al carecer de una explicación razonable para la catástrofe. Con la menor población caía la recaudación de impuestos y las arcas del Imperio se vaciaban. La población diezmada no podía sustituir las bajas en el ejército, por lo que se quedaba a merced del enemigo. A la propia muerte ocasionada por la plaga había que añadir otro conjunto de desastres sociales, económicos, psicológicos y políticos, que fácilmente acababan con un Imperio. En los siglos que nos ocupan hay constancia de la existencia de varias plagas en el mundo romano. En el siglo II, hacia el año 165, y durando varios años, se sufrió la peste Antonina, que acabó en ese año con el propio emperador Marco Aurelio Antonino. Los investigadores sugieren que fue una pandemia de viruela en su forma hemorrágica [30]. En el siglo III se produjo otra pandemia, la plaga de Cipriano, que duró dieciséis años, durante los cuales la gente vivió presa del pánico y muchos pensaron que la raza humana no sobreviviría. Algunos autores piensan que se trató de una epidemia de fiebre tifoidea o de cólera. Recientemente se ha sabido, por el estudio de unos cadáveres encontrados de la época, que otra gran pandemia, la plaga de Justiniano, que mató en el siglo VI (ya fuera de la época vadiniense) a más de 40 millones de personas en el mundo, fue producida por la *Yersinia pestis*, o sea peste bubónica [31]. No sabemos si alguna de estas pandemias afectó a los habitantes de las recónditas montañas de León y Asturias, aunque es poco probable, porque no hay evidencias claras de que en los siglos I-IV d.C. alguna de estas pestes afectase de manera especial a Hispania [19] y menos aún al noroeste peninsular; salvo el hallazgo en *Brigantium* (cerca de La Coruña) de un oráculo del emperador Marco Aurelio, solicitando la ayuda de los dioses. Oráculos semejantes

se han encontrado en otros lugares, desde Asia Menor a Argelia e Italia y, en principio, no significan la presencia real de la epidemia [30]. En cualquier caso, estas pandemias pudieran haber sido la causa de muerte solo en algún caso concreto, pues las lápidas están datadas en un período no inferior a tres siglos.

Es complicado hablar de enfermedades infecciosas de la Antigüedad desde el punto de vista actual, pues estos cuadros han ido cambiando tanto en su existencia, como en su forma de presentación por diversas variables, como el clima o los cambios socio-económicos. Aunque parece claro que las infecciones habituales pudieron ser una causa principal de muerte entre los vadinienses, como en el resto de la población coetánea, sería esperable que estos procesos afectasen con especial virulencia a los elementos más débiles, es decir niños y ancianos, por lo que no parece que las infecciones referidas puedan explicar la elevada mortalidad de adultos jóvenes que se observa en las lápidas, salvo posiblemente el caso de las enfermedades de transmisión sexual y la fiebre reumática. De las enfermedades de transmisión sexual o venéreas hay referencias ya en papiros egipcios y en la Biblia (*Levítico 15:1-3*). En las conquistas de las legiones romanas las mujeres eran consideradas como botín de guerra y los soldados, ya preocupados por este tipo de enfermedades, a las que llamaban *morbus incidens*, utilizaban preservativos hechos de tripa o vejiga de carnero [32]. Estos mismos ejércitos invasores pudieron hacer de vehículo transmisor de este tipo de enfermedades, que se propagarían con facilidad dada la permisividad de la sociedad romana y que afectarían fundamentalmente a la población sexualmente más activa.

Por su parte, la fiebre reumática es una enfermedad inflamatoria, prácticamente desaparecida en el mundo occidental en las últimas décadas, que aparece como reacción a una infección por el estreptococo beta hemolítico del grupo A. Su declinar se produjo antes de la generalización del uso de los antibióticos, atribuyéndose de modo importante tanto su desarrollo como su desaparición a las condiciones de vida, sobre todo al hacinamiento. Sabemos que Augusto ordenó a cántabros y astures abandonar los montes y asentarse en zonas más llanas, así como la explotación del suelo y el trabajo de la tierra. Si los vadinienses se hicieron agricultores sedentarios, pasarían a tener una vida más tranquila y con alimentación asegurada, aunque pobre y monótona. Esto probablemente haría que aumentase de modo notable la población en un periodo de tiempo relativamente corto, que a su vez llevaría al hacinamiento en sus poblados, terreno en el que encuentra su caldo de cultivo la fiebre reumática. Esta enfermedad aparece unas semanas después de padecer

una infección estreptocócica (habitualmente tras una faringo-amigdalitis), manifestándose con fiebre, inflamación de articulaciones, lesiones cutáneas, corea menor (baile de san Vito) e inflamación del corazón. Esta carditis puede causar la muerte en el momento agudo, o bien dejar secuelas en las válvulas cardíacas que pueden llevar a la muerte posteriormente por insuficiencia cardíaca [33]. Suele afectar fundamentalmente a niños y jóvenes, pudiendo cursar con brotes repetidos, y sus secuelas cardíacas suelen verse años más tarde, por lo que pudiera ser una causa de mortalidad en gente joven.

MUERTES TRAUMÁTICAS Y VIOLENTAS

Dice Estrabón que en la época prerromana los cántabros organizaban combates gimnásticos, y también con armas y con caballos (Estrabón, *Geografía*, III, 7). Se sabe que los cántabros eran hábiles a la hora de montar a caballo, como queda de manifiesto por el hecho de que algunas de sus tácticas de caballería pasasen a ser empleadas por el ejército romano, como el *circulus cantabricus* y el *cantabricus impetus* [34, 35]. Hispania en la época imperial tuvo fama por sus caballos de carreras, que se exportaban a Roma y a otras provincias del Imperio, siendo los caballos asturcones especialmente deseados por los patricios romanos y aclamados por sus poetas, «tan veloces que parecen concebidos por el mismo viento» [36]. Igualmente, los datos de Estrabón indican que los cántabros eran aficionados a los combates de lucha. Aún en la actualidad perdura en la zona de León, aunque de una manera mucho más civilizada, la lucha leonesa como forma de espectáculo deportivo, y hay datos sobre su existencia hace años en Asturias y Cantabria [37]. El mundo romano, por su parte, era muy aficionado a los espectáculos deportivos violentos, incluyendo carreras de caballos, combates de lucha, competiciones de cacería... Con sus antecedentes de pueblo belicoso y guerrero es probable que algunos jóvenes vadinienses decidiesen aplicar sus aptitudes y conocimientos guerreros a participar en estos espectáculos violentos, que con cierta frecuencia acababan en la muerte y en los que no era fácil llegar a viejo. Participar y triunfar en este tipo de espectáculos podía ser una fuente importante de ingresos, muy superior al trabajo en el campo o en las minas, así como representar un importante ascenso social. No hay evidencias de la existencia de circos o anfiteatros en la zona vadiniense, pero es muy probable que se celebrasen estos espectáculos en los núcleos urbanos más grandes, e incluso en un entorno rural, desde el que se podría dar el salto a mejores plazas. Se plantea así la posibilidad de que la participación en este tipo de actividades deportivas fuese una causa de muerte en edad joven y el motivo de la colocación de lápidas funerarias a este colectivo.



Figura 1: Epitafio de Septimio. Encontrado en San Juan de Beleño (Asturias). Museo Arqueológico de Asturias.

*Figure 1: Septimius epitaph. Found in San Juan de Beleño (Asturias/Spain).
Archaeological Museum of Asturias (Spain).*

Uno de los adornos más habituales en los epitafios vadinienses es la presencia de un caballo, siendo también frecuentes los grabados vegetales esquemáticos. En 24 de las 76 lápidas vadinienses estudiadas, 21 de varones y tres de mujeres, se encuentra representado un caballo. El 87,5% (21 de las 24) de las lápidas con caballo corresponden a fallecidos antes de los 30 años; son la excepción dos fallecidos a los 35 años y uno a los 45. Las tres mujeres con caballo en su lápida murieron a los 20, 19 y 9 años respectivamente. No tiene caballo representado en la lápida ningún mayor de 50. En una de las lápidas, la de Tridio (HEpOL 6585), encontrada en Remolina, se observa debajo del caballo una línea rematada en ambos extremos por círculos, que se ha interpretado como un posible carro (Cover Page). Es destacable que en el caballo del epitafio de Flavia (HEpOL 12051), aparece escrito FLA VIN, interpretado como *Fla(via) vin(cas)* y traducido como «¡Flavia que venzas!». Igualmente en el caballo de Septimio Silón (HEpOL 12048) aparece L SEP SIL BEN, interpretado como *L(ucio) Sep(timio) Sil(oni) Ben(e)* y traducido como «Lucio Septimio Silón ¡ánimos!» (Figura 1). El caballo representado en las lápidas vadinienses se ha interpretado, fundamentalmente, como acompañante del difunto en su tránsito al más allá o psicopompo [38], como la representación del difunto heroizado, y como asociado a cierta categoría aristocrática de los vadinienses [1]. Una posible explicación alternativa, más literal y menos alegórica, estaría relacionada con las habilidades por las que el difunto había sido conocido [39], en concreto a aquellos vadinienses que hubiesen destacado en competiciones deportivas relacionadas con el caballo. Esta interpretación como héroes de competición exigiría aceptar que en este tipo de carreras participaban también amazonas y niños, al tener caballo tres lápidas funerarias de mujeres, una de ellas de 9 años (HEpOL 12051, 12025 y 14497). Baja estatura y poco peso son las condiciones más favorables para los jinetes en las carreras y la participación activa de mujeres en carreras y combates está documentada en otros lugares del Imperio [40], así como la representación escultórica de niños jinetes en la Antigüedad (Figura 2). Además, otro de los adornos más característicos de los epitafios vadinienses es una especie de arbolito esquemático, que aparece en 21 de los 76 epitafios (en 15 de ellos aparecen juntos caballo y árbol). Estos adornos vegetales se han identificado comúnmente con el tejo [14], simbolizando la inmortalidad y eternidad; pero también se han visto como ramas de palmera o palmas [41], que en el mundo romano eran el símbolo de la victoria, en especial en las carreras de caballos, como se puede apreciar en múltiples mosaicos de la época.



Figura 2: Niño jinete. Detalle del Jinete de Artemisión (Siglo II a.C.). Museo Arqueológico Nacional de Atenas.

Figure 2: Child jockey. The jockey of Artemision (2nd-century BC). National Archaeological Museum of Athens.

También eran frecuentes en la época los espectáculos de caza y de lucha. A la cacería se podría referir la lápida de Septimio Silón en la que un caballo persigue a un venado, existiendo «palmas» a ambos lados, y que se ha interpretado como el espíritu del difunto (el caballo) siendo guiado por el psicopompo (venado) (Figura 1). A las competiciones de lucha se podrían referir cuatro epitafios en los que se indica que se ponen «*ob merita*», por sus méritos. Todos ellos varones y jóvenes (20, 24, 30 y 30 años). Aunque las posibles interpretaciones de los méritos, que los coetáneos debían conocer, son amplias, podrían corresponder a méritos deportivos. Además del posible desenlace fatal en la pelea, la lucha podría ser una causa de muerte *a posteriori*. Se sabe que los gladiadores, si lograban sobrevivir a sus combates, solían tener muy poca esperanza de vida, muriendo con frecuencia pocos años después. El entrenamiento específico intensivo durante años les produciría una hipertrofia ventricular y una disregulación autonómica que predisponía su corazón a arritmias, tras su retirada y la adopción del estilo de vida de los ricos y famosos [42].

En definitiva, se plantea la hipótesis de que la muerte de algunos de los vadinienses estuviese relacionada con su participación en competiciones deportivas y que se les quisiese recordar por este hecho, como campeones y héroes del pueblo. Esto explicaría las muertes a edad joven y que se les dedicase una lápida, pudiendo ser válida esta explicación para un tercio de los epitafios encontrados. Además de estas muertes, por así decirlo “deportivas”, estarían también las posibles muertes accidentales por los trabajos en las minas y canteras de la zona, o en la construcción de grandes obras..., aunque en estos casos la probabilidad de que se colocase un epitafio al difunto sería escasa.

Por los historiadores romanos sabemos que el suicidio estaba bien considerado entre los cántabros en algunas circunstancias. Según Estrabón era costumbre ibérica llevar un veneno, que mataba sin dolor, para usarlo en caso de acontecimientos imprevistos, obtenido de una planta parecida al apio (Estrabón. *Geografía*, III, 4, 18). Pudiera tratarse de la cicuta (*Conium maculatum*) abundante en la región norteña, pero más probablemente aluda al tejo, del que según Silio Itálico, las gentes de este país extraían un veneno con el que se suicidaban cuando la edad los hacía inútiles para la guerra. Por Floro sabemos que cuando los cántabros fueron cercados en el monte Medulio (año 22 a.C), la mayoría se suicidaron para escapar de la esclavitud, unos a espada, otros con fuego y otros con un veneno sacado del tejo [35]. Los cántabros, por tanto, conocían venenos mortales y consideraban adecuado usarlos, al menos en ciertos casos. A pesar de la falta de análisis cuantitativos, los investigadores consideran que el suicidio fue un fenómeno común en el Imperio romano, existiendo en la época una considerable aceptación social del mismo en algunas circunstancias, como las esposas que no querían vivir a la muerte de su marido y en caso de deshonor por violación [43]. También justificaba un suicidio honorable el dolor insostenible o una enfermedad intratable, así como los problemas amorosos, e incluso la edad avanzada. No existen datos al respecto, pero no se puede descartar el suicidio, al que además se le ha atribuido cierta capacidad «contagiosa» [44], como causa de muerte entre los jóvenes vadinienses.

EMBARAZO Y PARTO

Conocemos algo sobre las costumbres de los cántabros relacionadas con el parto por las informaciones de Estrabón sobre las mujeres del norte de Hispania.

«... cultivan la tierra, y apenas dan a luz ceden el lecho a sus maridos y los cuidan. Con frecuencia paren en el momento en el que se encuentran en

plena labor, de forma que lavan al recién nacido inclinándose sobre la corriente del arroyo, y lo envuelven luego.» (Estrabón, Geografía III,4,17) [45].

Según estos datos, las mujeres cántabras eran buenas paridoras, pero daban a luz en no muy buenas condiciones en cuanto a higiene y atenciones. Aunque por este relato parecería que las mujeres cántabras parían sin mayores dificultades, embarazos y partos han representado un peligro para madres e hijos hasta tiempos recientes en el mundo occidental, y aún lo siguen siendo en muchos lugares [46]. Por otra parte nos habla de la existencia entre los pueblos del norte de España de la covada, costumbre por la cual es el varón quien se queda en la cama con el recién nacido, mientras la mujer es la que cuida al varón [47]. La covada sitúa al padre realizando el mismo comportamiento que su esposa durante y después del parto, incluyendo dolores, reclusión posterior, restricciones alimenticias y tabús sexuales. Esta costumbre ancestral, y que perdura en algunos pueblos hasta nuestros días, ha dado lugar a diversas interpretaciones antropológicas, pero, en cualquier caso, sitúa a la mujer en un momento especialmente delicado como la cuidadora, en lugar de ser la receptora de los cuidados.

Se entiende por mortalidad materna la muerte de una mujer durante su embarazo, parto, o dentro de las semanas posteriores al parto, por cualquier causa relacionada o agravada por el embarazo, parto o puerperio. Las principales causas de muerte materna son las hemorragias, las infecciones, los trastornos hipertensivos del embarazo y la obstrucción del parto. No hay datos valorables de la mortalidad materna en la época romana. En la actualidad muchos países africanos y países subdesarrollados tienen tasas cercanas o superiores a 500 mujeres muertas por cada cien mil nacidos, o lo que es lo mismo, una mujer muerta por cada 200 partos. De esta cifra no se bajó en los países occidentales hasta el inicio del siglo XX. Los países con mejores datos en la actualidad tienen tasas inferiores a 10 muertes por cien mil nacidos (5 por cien mil en España), teniendo las peores cifras varios países africanos, con Sierra Leona a la cabeza, con 1360 mujeres muertas por cien mil nacidos [48]. Pese a los fáciles partos de las cántabras que nos sugiere Estrabón, es esperable que la tasa de mortalidad materna en los primeros siglos de nuestra era, fuese superior a las actuales cifras africanas, pues incluso en los países con peores sistemas sanitarios un buen porcentaje de mujeres tienen acceso a algunos servicios sanitarios y hospitalarios, y que estas cifras no fuesen inferiores a 1000 muertas por cada cien mil nacidos, o sea, una mujer muerta por cada 100 partos.



Figura 3: Epitafio de Maisontina. Encontrado en Liegos (León). Museo de León (España).

Figure 3: Maisontina epitaph. Found in Liegos (León/Spain). Museum of León (Spain).

contraer matrimonio, pero sabemos que en la Roma clásica era de 12 años para las mujeres y de 14 para los varones, una edad muy precoz según el pensamiento actual. Los embarazos y partos en estas edades tan tempranas, junto con unas condiciones higiénico-sanitarias poco favorables en los partos, pudieron ser la causa de muerte en estas mujeres tan jóvenes.

Finalmente, el aborto provocado, aunque no estaba bien visto, fue una práctica frecuente en la Roma clásica hasta el siglo IV, con la oposición a estas prácticas del pensamiento cristiano. En la época imperial las leyes eran básicamente restrictivas, fundamentalmente para fomentar la natalidad, pero el aborto no era penalizado si se realizaba con permiso del marido [49]. Los métodos usados para abortar eran hierbas y pócimas abortivas, bien ingeridas o en aplicación local, así como técnicas instrumentales, en principio más peligrosas para la madre [50]. Nada sabemos de estas prácticas entre las vadinienses, pero el aborto provocado como causa de morbi/mortalidad en

El análisis de las edades de los fallecidos en las lápidas vadinienses nos indica que sólo el 1,9% (1 de 52) de los varones murió antes de los 20 años, frente al 50% (4 de 8) de las mujeres. Estas diferencias de género en este grupo de edad sugieren problemas asociados a los embarazos y partos, probablemente en mujeres muy jóvenes. Esta pudo ser la causa de muerte de Amia de Cofiño y Cantia de Corain, que murieron con 15 años, y de Maisontina de Liegos que murió con 19 años (Figura 3). Igualmente, se podría incluir en este grupo a Flavia de Gamonedo de Onís que murió a los 20 años y a Concordia de Barrillos de Curueño fallecida a los 30 años. Desconocemos las costumbres vadinienses respecto a la edad mínima para

las mujeres en edad fértil es un asunto presente desde siempre en la historia de la humanidad.

CONCLUSIONES

Se supone que la medicina de los cántabros vadinienses antes de los romanos estaría dominada por los aspectos sobrenaturales, mágicos y religiosos, usándose como remedios diversas plantas, aguas medicinales y algunas prácticas para la curación de heridas y traumatismos. Es especialmente destacable su costumbre de sacar los enfermos a los caminos, con el fin de que quienes pasasen por allí les aconsejasen si habían sufrido y sanado de semejante enfermedad. Tras la conquista por Roma, entraron a formar parte del Imperio romano, sufriendo una romanización progresiva. Los avances sanitarios del mundo romano fueron notables en el saneamiento sanitario de las ciudades, así como en la organización de la práctica médica y en la enseñanza de la medicina. Pese a estos avances médicos y sanitarios es muy probable que la salud general de la población vadiniense empeorase, como se ha visto en otras poblaciones, debido a las modificaciones de la dieta, al cambio cultural y a la exposición a personas, productos y gérmenes venidos de otras regiones, con los que antes no se había tenido contacto.

El estudio de la edad de fallecimiento de los epitafios vadinienses demuestra que dos terceras partes murieron entre los 20 y 30 años, lo que no se considera como la edad habitual de muerte para esta población rural, principalmente agrícola y ganadera. Básicamente con este único dato se plantean varias hipótesis de muerte en la época a esa edad temprana. Se asume que las infecciones eran la principal causa de mortalidad en esos tiempos y se sugiere que la fiebre reumática y las enfermedades de transmisión sexual pudieran ser las que afectasen especialmente al grupo de edad referido, en principio el más fuerte y potencialmente el que mejor soportaría otros tipos de infecciones. No hay evidencias de la existencia de plagas en el noroeste peninsular en esa época. Además de las infecciones se sugiere como causa de mortalidad a edad joven las muertes traumáticas y violentas. En este sentido, dados los antecedentes belicosos y guerreros del pueblo cántabro, y su habilidad a la hora de montar a caballo, se sugiere como posible causa de muerte la participación en espectáculos «deportivos» a los que tan aficionados eran los romanos y que con frecuencia acababan en la muerte. Triunfar en estos espectáculos proporcionaría una importante ganancia de dinero y un ascenso en el estatus social. La presencia de un caballo grabado en los epitafios de muchos de estos

jóvenes, y que no se observa en los de adultos de más de 50 años, junto con algunas expresiones de ánimo y la presencia de palmas de la victoria, sugieren en la representación del caballo la simbolización del fallecido como héroe y campeón que pudo perder su vida en una competición en la que podrían intervenir los caballos. También es posible que participaran y murieran en competiciones de lucha. En el mejor de los casos, este tipo de muertes deportivas pudieran haber sido la causa de muerte en un tercio de los epitafios. No se pueden descartar en este grupo de edad joven otro tipo de muertes violentas, como los accidentes laborales en las minas de la zona o el suicidio, al que recurrían ocasionalmente cántabros y romanos. Por otra parte, en casi el 50% de las lápidas de mujeres la edad de fallecimiento era inferior a 20 años, lo que se interpreta fundamentalmente como relacionado con patologías asociadas a embarazos, a edades tempranas, y a partos en condiciones higiénicas y sanitarias poco favorables.

Del estudio de los epitafios vadinienses y fundamentalmente de las edades de los fallecidos con lápida, sólo se pueden obtener conclusiones especulativas e hipotéticas en cuanto a sus enfermedades y causas de fallecimiento. Son necesarios nuevos estudios para obtener resultados más fiables. Sin duda, ayudaría en la obtención de conclusiones más definitivas el hallazgo de algún enterramiento específico que permitiese el estudio de los restos esqueléticos.

BIBLIOGRAFÍA

1. González Rodríguez MC. *Los astures y los cántabros vadinienses*. Vitoria, Universidad del País Vasco, 1997.
2. Rabanal Alonso MA (coord). *La Historia de León (Vol 1), Prehistoria y Edad Antigua, III Alto Imperio*. León, Universidad de León y Diario de León SA, 1999:153-249.
3. Martino García D. La Via vadiniense. Una vía secundaria en la Cantabria romana. *Memorias de Historia Antigua XIX-XX*, 1998: 245-75.
4. Vázquez González-Quevedo F. *La medicina en Cantabria: Apuntes históricos y biográficos hasta 1930*. Institución Cultural de Cantabria. Santander 1972.
5. Marcos García MA. Un enfoque crítico sobre los textos antiguos de la Cantabria romana. *Studia Historica: Historia Antigua*, 1988;6:81-96.
6. Moss G. Water and health: a forgotten connection?. *Perspect Public Health*, 2010;130(5):227-232.
7. Gozalbes Cravioto E y García García I. En torno a la medicina romana. *H Ant XXXIII-XXXIV*, 2009-2010:323-336.
8. Cilliers L, Retief FP. The evolution of the hospital from antiquity to the end of the middle ages. *Curationis*, 2002;25(4):60-66.
9. Eriny H. The route to crisis: Cities, trade, and epidemics of the roman empire. *Vanderbilt Undergraduate Research Journal*, 2015;10:1-10.
10. Martín Ruiz JA. *Medicina y enfermedad en la Bética romana*. Málaga, Ed. Sarriá SL, 2006.
11. Alonso Alonso MA. Los medici en la epigrafía de la Hispania romana. *Veleia*, 2011;28:83-107.
12. Redfern RC y Dewitte SN. A new approach to the study of Romanization in Britain: a regional perspective of cultural change in late iron age and roman dorset using the siler and gompertz-makeham models of mortality. *Am J Phys Anthropol*, 2011;144(2):269-85.
13. Martino García D. Acerca de la cronología de la epigrafía vadiniense. Revisión historiográfica y nuevas propuestas. *Espacio, Tiempo y Forma. Serie II. Historia Antigua*, 2012;25:305-326.
14. Martino García D. Nuevas aportaciones al corpus epigráfico vadiniense. *Veleia*, 2014;31:199-211.
15. Hispania Epigraphica online (entre paréntesis el número de registro). [Consultado en Septiembre de 2016]. <http://eda-bea.es/>.
16. Frier B. Roman life expectancy: Ulpian evidence. *Harv Stud Classic Philol*, 1982;86:213-251.

17. INE. Tasas de mortalidad infantil por países, períodos y tasas. [Consultado en Septiembre de 2016]. <http://www.ine.es/jaxi/tabla.do?path=/t20/e301/e01/10/&file=04004.px&type=pcaxis>
18. Bowman AK. Review of T. G. Parkin 'Demography and Roman Society. Ancient Society and History'. *The Classical Review (New Series)*, 1995;45:351-353.
19. Gozalbes Cravioto E. La demografía de la Hispania romana tres décadas después. *H Ant XXXI*, 2007:181-208.
20. Hernández Guerra L. Epigrafía rural en la meseta norte: el conjunto de Vellica (Olleros de Pisuerga, Palencia). *Minerva: Revista de Filología Clásica*, 1993;7:129-164.
21. Thomas GS, Wann LS, Allam AH, et al. Why did ancient people have atherosclerosis?: from autopsies to computed tomography to potential causes. *Glob Heart*, 2014;9(2):229-237.
22. Robles-Osorio ML y Sabath E. Brief history of lead poisoning: from Egyptian civilization to the Renaissance. *Rev Invest Clin*, 2014;66(1):88-91.
23. Lee MR. The history of ergot of rye (*Claviceps purpurea*) I: from antiquity to 1900. *J R Coll Physicians Edinb*, 2009;39(2):179-84.
24. Allam AH, Thompson RC, Wann SL, et al. Atherosclerosis in ancient egyptian mummies. *J Am Coll Cardiol Imag*, 2011;4:315-327.
25. Lewis ME. Life and death in a civitas capital: metabolic disease and trauma in the children from late roman Dorchester, Dorset. *Am J Phys Anthropol*, 2010;142:405-416.
26. Eddy J. The ancient city of Rome, its empire, and the spread of tuberculosis in Europe. *Tuberculosis (Edinb)*, 2015;95 (Suppl 1):S23-28.
27. Capasso L. Bacteria in two-millennia-old cheese, and related epizoonoses in Roman populations. *J Infect*, 2002;45(2):122-127.
28. Fears JR. The plague under Marcus Aurelius and the decline and fall of the Roman Empire. *Infect Dis Clin North Am*, 2004;18(1):65-77.
29. Papavramidou N, Samara A, Christopoulou-Aletra H. Liver abscess in ancient Greek and Greco-Roman texts. *Acta Med Hist Adriat*, 2014;12(2):321-8.
30. Muñoz-Sanz A. Marco Aurelio Antonino (121-180 d.C), filósofo y emperador de Roma, y la peste de Galeno. *Enferm Infecc Microbiol Clin*, 2012;30(9):552-559.
31. Wagner DM, Klunk J, Harbeck M, et al. *Yersinia pestis* and the Plague of Justinian 541–543 AD: a genomic analysis. *Lancet Infect Dis*, 2014;14(4):319-326.
32. Khan F, Mukhtar S, Dickinson IK, et al. The story of the condom. *Indian J Urol*, 2013;29(1):12-15.
33. Taranta A, Markowitz M. *Rheumatic Fever* (2ª ed). Dordrecht, Kluwer Academic Pub; 1989.

34. Perea Yébenes S. De cohortibus cantabrorum et de vexillis et cantabris. *CuPAUAM*, 2010;36: 67-93.
35. Peralta Labrador E. *Los cántabros antes de Roma* (2ª edición). Madrid, Real Academia de la Historia, 2003.
36. Blazquez Martínez JM. Criadores hispanos de caballos de carreras en el Bajo Imperio en las cartas de Simaco. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, 2010;23:411-448.
37. Fernández Fernández F. *Los aluches*. Biblioteca Leonesa de Tradiciones, nº 17. León, Edilesa y Diario de León, 2008.
38. Santos Yaguas N. La lápida de Flavia hallada en Gamonedo (concejo de Onís) y los vadinienses del Oriente de Asturias. *Tiempo y Sociedad*, 2014;16:7-18.
39. Gagé J. *Une société cavalière dans le Nord-ouest de l'Espagne romaine: le dossier des 'vadinienses'*. París, Mélanges P. Wuilleumier, 1980:133-142.
40. Mañas Núñez M. Mujer y sociedad en la Roma Imperial del siglo I. *Norba, Revista de Historia*, 1996-2003;16:191-207.
41. Santos Yanguas N. Muerte y ultratumba en las inscripciones romanas de Asturias. *Tiempo y Sociedad*, 2013;11:62-148.
42. Van Tellingen C. A broken heart--or anguish in top-sport in antiquity. *Int J Cardiol*, 2008;128(2):285-292.
43. Lykouras L, Poulakou-Rebelakou EF, Tsiamis C, et al. Suicidal behaviour in the ancient Greek and Roman world. *Asian J Psychiatr*, 2013;6(6):548-551.
44. Plumed Domingo JJ, Novella EJ. Suicidio y crítica cultural en la medicina española del siglo XIX. *Dynamis*, 2015;35(1):57-81.
45. Estrabón. *Geografía*, Libros III-IV. Biblioteca Clásica Gredos (169). Meana MJ, Piñero F (trad.). Ed Gredos. Madrid 1998.
46. Couto-Ferreira ME. She will give birth easily: therapeutics approaches to child-birth in 1st millennium BCE cuneiform sources. *Dynamis*, 2014;34(2):289-315.
47. González Echegaray J. *Los cántabros* (3ª ed). Librería Estudio. Santander 1993.
48. Trends in Maternal Mortality: 1990-2015. Estimates Developed by WHO, UNICEF, UNFPA and the World Bank. [Consultado en Septiembre de 2016]. <http://datos.bancomundial.org/indicador/SH.STA.MMRT>
49. Yarmohammadi H, Zargaran A, Vatanpour A, et al. An investigation into the ancient abortion laws: comparing ancient Persia with ancient Greece and Rome. *Acta Med Hist Adriat*, 2013;11(2):291-298.
50. Priorschi P. Contraception and abortion in the Greco-Roman world. *Vesalius*, 1995;1(2):77-87.

RESUMEN

Los vadinienses fueron un pueblo cántabro que habitó entre los siglos I y IV en el norte de la península ibérica -noreste de la actual provincia de León y la parte correspondiente de la actual Asturias-. En este trabajo se estudian las posibles causas de enfermedad y muerte de la población vadiniense representada en sus lápidas funerarias. Dos terceras partes de los vadinienses, según los datos de sus epitafios, murieron entre los 20-30 años, hallazgo que no se interpreta como representativo de la edad de muerte habitual en la época. Se consideran como las causas de muerte más probables las infecciones y las muertes violentas en competiciones deportivas o en accidentes laborales. Cuando se analiza de modo independiente al sexo femenino, casi la mitad de las fallecidas lo hicieron antes de los 20 años de edad, valorando como principales posibilidades las muertes relacionadas con embarazos y partos en edades muy precoces.

Palabras clave: Vadinienses; epigrafía romana; infecciones; carreras de caballos; parto.

SAŽETAK

Vadinezijanci su bili Kantabriji koji su živjeli između prvog i četvrtog stoljeća na sjeveru Pirinejskog poluotoka, sjevernoistočno od današnje provincije León i na odgovarajućem dijelu današnjeg teritorija Asturije. U ovom članku proučavamo moguće uzroke bolesti i smrti Vadinezijanaca, koji su prikazani na njihovim nadgrobnim spomenicima. Analiza epitafa pokazuje da se dvije trećine smrti odnosi na ljude u dobi između dvadeset i trideset godina, što nije bila uobičajena starosna dob umiranja u to vrijeme. Najvjerojatniji su uzroci smrti infekcije i nasilne smrti u sportskim natjecanjima ili nesrećama na radu. Analizirajući posebno žensku populaciju, gotovo polovica pokojnica bila je mlađa od dvadeset godina, pri čemu je glavni uzrok smrti povezan s trudnoćom i porođajem u vrlo ranoj dobi.

Ključne riječi: Vadinezijanci; rimska epigrafija; infekcije; utrke konja; porođaj.